

¡Ah! Estaría bueno que Juan Billet á sus años se vistiera de máscara. No, no; lo que es *su* bonita casaquilla no soy yo quien se la pone.... Pues si me presentara yo en mis bosques y en mis montes vestido de esa manera, no me conocerían mis animales y echarían á correr, diciendo : ¿Quién será este espantajo?....

—No debes desobedecer, Billet,—dijo Edmea—y has de hacer lo que él te manda.

—¿Pero Ud. cree que yo puedo vivir metido en esa levita apretada?....

—Si te aprieta, yo misma la ensancharé donde sea preciso.

Movió la cabeza pensativa, y prosiguió:

—Billet, hay muchas cosas que nos molestan, y sin embargo tenemos que sufrirlas.

Al oír estas palabras, en los ojos pajizos de Billet brilló un rayo de luz, como si su alma saliera á sus ojos. Se acercó, y haciendo ademán de ponerse de rodillas, y en voz baja, dijo á su ama:

—Perdón, señorita Edmea, si la he disgustado.... Ya tiene Ud. bastantes pesares, sin que yo, bruto, también....: tiene Ud. razón; hay cosas que molestan y hay que sufrirlas.

Y cogiendo de buen grado la librea, y con ella bajo el brazo, se alejó.

## VIII

Dos días después, el Barón y la Condesa de Ayères debían llegar á la hora de comer. Edmea envió un coche á la estación del ferrocarril. Con los ojos húmedos y el corazón palpitante, Edmea, en la escalinata, veía venir al trote el *break* por la larga calle de tilos. Mientras el carruaje daba la vuelta al patio, la joven en medio de la obscuridad que empezaba ya á envolverlo todo en sombras, quería conocer á su madre, pero no veía más que negras siluetas inmóviles. El coche se detuvo al pie de la escalinata, y envuelta la cabeza en encajes, cubierta con un ancho abrigo de viaje, apareció la primera una mujer, cuyo rostro pálido, de hundidas mejillas, produjo en Edmea una impresión de estupor. Edmea la cogió en brazos en el estribo como si fuera una niña, tan poco pesaba, y la estrechó contra su corazón con verdadero enternecimiento, repitiendo:

—¡Mamá! ¡mamá!

Regina correspondió á las caricias de su hija con efusión, y le dijo:

—Aparta un poco, querida mía, que no dejas bajar al Barón:

Estas palabras disiparon la especie de embriaguez de cariño que había invadido su ser al abrazar á su madre después de larga ausencia. Se retiró precipitadamente, y dejó el paso libre. Y el bello Fernando, vestido correctamente con un traje de cuadritos blancos y negros, se apeó ligeramente del coche. Cogió algunos pequeños paquetes, se cerró la portezuela, y los dueños de Croix-Mort entraron, mientras los criados recogían el equipaje.

En lo alto del vestíbulo, bajo la bóveda de piedra, adornada con los escudos de la familia, Regina se detuvo un instante. Miró en derredor con emoción, deseosa de saludar la vieja residencia donde tan tranquila había vivido. Todo estaba lo mismo que el día de su partida; los grandes arcones de peral tallado ostentábanse en toda su respetable linajuda y soberbia antigüedad; los trofeos de caza recordaban las proezas del señor de Croix-Mort, y la ancha escalera se abría ante la señora de la casa, perfectamente limpia y bien oliente.

Edmea, cerca de su madre, sintiendo que

el Barón venía tras ellas, no quería volver la cabeza. Hacía unos días que le preocupaba este problema: “¿Qué actitud tomaré delante de él?...”, Se había trazado todo un ceremonial de fría dignidad y severa cortesía. Pero todas sus combinaciones fracasaban por lo imprevisto de la llegada. No se hallaba en la posición en que creía encontrarse cuando él llegara; sentada en el salón, y no teniendo que hacer otra cosa que un ligero saludo... Y además, faltábale toda su presencia de ánimo en aquel momento. La ahogaba y la cegaba la emoción. Así es que apenas vió al enemigo, que tomaba una dirección oblicua para llegar hasta ella y saludarla, puesto que ella se obstinaba en no volver la cabeza.

Peró oyó su voz, su horrible voz dulzona y empalagosa, que le decía:

—Si no hubiera visto á Ud. aquí, en su casa... no sé si la habría reconocido. Su madre y yo dejamos aquí una niña, y al volver encontramos una joven señorita...

Levantó los ojos, la miró con una sonrisa que la desagradó en extremo, y continuó:

—Una encantadora señorita.

Edmea saludó en silencio, y Regina, con una voz áspera, que sonaba como un antiguo clavicordio, le dijo:

—No comeremos antes de una hora; vamos á mi cuarto.

Y por la gran escalera principal, sosteniéndose en la baranda, con lentos y cansados pasos, Regina subió al primer piso, acompañada de su marido, que, ágil y vigoroso, subía los escalones de dos en dos; tarareando un aire de opereta; Edmea abrió la puerta á la Baronesa, que entró, experimentando mucha alegría al volver á ver sus muebles y todos los objetos que había dejado en su cuarto.

—¡Ah, mi gabinete!— exclamó.

Y le recorrió, tocando todos los muebles, como si los quisiera acariciar después de larga ausencia.

La joven, sumida en doloroso estupor, miraba á su madre. ¿Era aquella la misma que hacia menos de un año, fresca, animada, sonriente, rebosando salud, se había alejado de Croix-Mort en pos de una existencia más feliz?... Un cuarto de siglo parecía haber pasado por ella, nublando sus ojos, hundiendo sus mejillas, blanqueando sus labios, y sin duda también sus cabellos, que se teñía, y presentaban un color mate que no era el natural. Su esbelto talle había engruesado, y la Baronesa parecía más baja. Era la sombra de la Regina de otros tiempos. Esta mujer, que en la dulce

tranquilidad de sus doce años de viudez, se había conservado joven, fresca, bella y apetitosa como un sabroso fruto, había perdido súbitamente todas las apariencias de juventud que le daban tan singular encanto. Parecía que tenía más años que los que tenía realmente.

Silenciosa, en pie, delante de la chimenea, mientras que la Baronesa se quitaba su abrigo, sus guantes y la nube de encajes y tules en que traía envuelto su sombrero, y el sombrero por fin, Edmea pensaba, y apoderábase de ella la más profunda compasión. Allí estaba viendo lo que la vida de los placeres y las fiestas hacia de las que se entregaban á esa vida de una manera desapoderada. Pobres criaturas, débiles, fatigadas, que pagaban con su belleza y su salud el cansancio incesante de esa existencia, más dura que un oficio penoso, haciendo todos esos ociosos del gran mundo para matarse aún más esfuerzos que los trabajadores para vivir.

La Baronesa, asombrada del mutismo de su hija, y viendo su mirada obstinadamente fija en ella, le dijo con una sonrisa forzada:

—Me encuentras un poco cambiada, ¿verdad? He estado indispuesta estos días pasados. El aire del mar no me hace bien. Pero con la

tranquilidad del campo voy á acabar de reponerme... Pero ven acá; acércate... ¡Qué alta estás, qué buena, qué robusta! El Barón dice bien; ya no eres una niña, sino una señorita... ¿Estás contenta? Abrázame otra vez, hija mía.

Al oír estas dulces frases, el corazón de Edmea, rebotando en lágrimas, subió á sus labios; sus nervios, contraídos dolorosamente, se extendieron, y con una exclamación ahogada, se arrojó en brazos de su madre, y lloró copiosamente.

—Vamos, no seas niña—dijo la Baronesa, impresionada por la emoción de su hija.—Es decir, que tú lloras sin consuelo cuando me marchó, y cuando vuelvo también lloras sin consuelo.

Edmea movió la cabeza, y sin cesar en los sollozos, contestó, mirándola:

—No es lo mismo hoy.

La Baronesa acarició con sus enflaquecidos dedos las negras trenzas de su hija, se secó los ojos con su pañuelo de encaje, y teniéndola en sus brazos, añadió:

—Eso es decir que ahora vas á ser razonable, ¿no es verdad? ¿y no me vas á dar ningún disgusto? ¿Comprendes ahora lo que te quiero decir?

Edmea iba á contestar; pero la Baronesa le

cerró la boca cariñosamente con su mano, y le dijo con acento suplicante:

—Nada de explicaciones, hija; nada de recuerdos y reconvenciones de lo pasado... Te lo suplico... No estoy muy buena... Evítame sinsabores... Haz lo que deseo, sin imponerme el disgusto de tener que mandártelo... Te lo agradeceré mucho, y te amaré mucho también, mucho... Es la única preocupación que he traído al venir aquí. Estaba impaciente por volver á Croix-Mort, por volver á verte; pero lo temía... Pues bien: dime que nada debo temer, que el que ha llegado hoy conmigo será para tí tan bien venido como yo, y que no le pondrás mala cara ni le harás desaires... No te pido más... La neutralidad, hija mía... Tú tienes mucho carácter, y puedes cumplir este deber si te lo propones. Y así habrás hecho por mi salud y por mi tranquilidad todo lo que yo puedo y debo esperar de una hija querida tan buena como tú.

Hablando así, la Baronesa se había animado. Sus mejillas se habían encendido un poco, sus ojos brillaban, apretaba nerviosamente las manos de su hija, le suplicaba con los ojos, con los labios, y moralmente de rodillas. Edmea sintió palpar el corazón de la pobre mujer; leyó sus angustias en su semblante, y adi-

vinó en aquel corazón tembloroso abismos de secretos dolores. En aquel momento calmáronse sus rencores, y en su conciencia no halló más que una profunda conmiseración para aquella madre que volvía tan desgraciada. Su ánimo viril tomó la resolución de consolarla y defenderla, y gravemente le contestó:

—Nada tema Ud.; estoy dispuesta á hacer todo lo que Ud. desea. Si tiene Ud. pesares en lo sucesivo, no seré yo quien los cause, y puede Ud. tener la seguridad de encontrar siempre en mí una hija respetuosa y sumisa.

—¡Oh! Mi hija amada, ¡gracias, gracias! ¡De qué horrible peso alivias mi corazón! Dime también que me amarás, necesito que me ames...

Edmea le dirigió una mirada que penetró en su alma, y viéndola inquieta, avergonzada, separar de ella los ojos como para no descubrir un secreto, exclamó:

—Sí, madre mía, sí; todo mi amor es para mi madre.

La Baronesa, llevada acaso de la frivolidad de su carácter, ó deseosa quizá de engañar á su hija, cambió de conversación súbitamente.

—Mañana — dijo — esperamos convidados. Como te dije en mi carta, personas muy distinguidas, que estarán aquí bastantes días. Es

preciso alguna animación en el campo. Esta es la época de la caza, y todo París está en el campo... No volveremos hasta Enero. Tendremos tiempo sobrado de descansar... Estoy segura de que te agradarán nuestros amigos... Con ellos no es posible la melancolía; ya verás... Con ellos tampoco están mucho tiempo en las cuadras los caballos; los pianos no cesan, y las mesas no están jamás vacías... Correr, comer, jugar, bailar... y con un brío, con un entusiasmo... Todo esto será nuevo para ti; pero ya verás cuánto te divierte.

Sentose fatigada, como si hubiera acabado de gozar en aquel instante todos los placeres que había enumerado.

—¡Es muy divertido! ¡Muy divertido!...— repitió.

Edmea no supo qué decir, desconcertada por aquella incoherencia de ideas que hizo pasar á su madre de la tristeza á la alegría en un segundo, sin transición, confundiéndose y embrollándose sus pensamientos en su cabeza como los cristales multicolores de un kaleidoscopio. La joven se preguntaba si la pobre mujer se habría vuelto loca, ó si, momentáneamente emocionada al volver á Croix-Mort, procuraba aturdirse y distraer su imaginación de todo lo que podía causarle temor y pena.

—Me parece—continuó la Baronesa con volubilidad—que estás muy pobremente vestida. ¿Es que no tienes cosa mejor que ponerte?... Hubiera debido prever que estabas desnuda, y traerte de París algunos vestidos... Confieso que no se me ocurrió... Felizmente somos de la misma estatura, y podrás tomar de mis trajes los que quieras... Tengo algunos sin estrenar todavía... y que parecerá que los han hecho para tí... Es preciso que te presentes vestida como á nuestra clase corresponde.

Mientras hablaba de esta suerte, la Baronesa habia cambiado de traje. Se puso un riquísimo vestido negro, abierto por delante, dejando ver el cuello y el principio del pecho, y adornado con un precioso ramo de flores, que la camarera acababa de subir del jardín, recientemente cogidas, y que conservaban toda su frescura y lozania. La Baronesa cogió una rosa de su ramo, y quiso ponerla en los cabellos de su hija.

Edmea no quiso.

—No, no, madre mía...—dijo.—Déjeme usted tal como soy. Parecería una aldeana en día de fiesta...

Sonó la campana que llamaba á comer: Edmea dió el brazo á su madre, y las dos bajaron al salón. Allí estaba ya el Barón, vestido

como para ir á una *soirée*; frac negro, zapato charolado. Solamente habia prescindido de la corbata blanca. La puerta del comedor se abrió, y un servidor, llegado de París, soberbio y solemne con su magnífica librea, anunció con la mayor gravedad:

—La señora Baronesa está servida.

El Barón ofreció ceremoniosamente el brazo á Regina para llevarla á su sitio en la mesa. Edmea siguió á los esposos, aturdida por la profusión de las luces, el brillo de la plata y el aroma de las flores, y preguntándose si estaba dormida ó despierta. Aquella estancia era la misma en que, hacía cerca de un año, por la mañana y por la tarde, comía sola, servida sencillamente por su antigua criada. ¿Desaparecería todo aquel lujo súbitamente, dejándola en su tranquila soledad de los días anteriores? No. El prodigio era una realidad, y con toda aquella ostentación habia de acostumbrarse á vivir en lo sucesivo.

Su madre y el bello Fernando estaban enfrente de ella, hablando con una afectación de gran intimidad, como si hubieran querido probar que entre ellos existía la mayor confianza y la más estrecha unión. Pero se conocía el esfuerzo que hacían. Edmea pensaba:—“Cuando estén solos, no hablarán una palabra. Toda esta

animación es para hacerme creer que existe entre los dos una tierna y dulce intimidad. ¡Pobres cómicos, que hasta aquí, en la mesa de familia, tienen que representar su papel para una pobre rústica como yo!,,

La comida fué lenta, como si hubiera veinte convidados. Edmea notó que el señor de Ayères comía y bebía enormemente. En aquel hombre vigoroso y atlético, todos los apetitos eran violentos, y la materia dominaba en él imperiosamente. No quiso tomar café, observando jovialmente que en el campo era preciso acostarse temprano y dormir. Él era el único que hablaba. La señora Baronesa estaba cansada, no podía ya con sus nervios, y su charla incoherente acababa pronto, como baja la espuma del Champagne.

Todos se levantaron de la mesa, y todos con gusto, por poner término á una situación violenta. Las puertas-ventanas del salón estaban abiertas. La temperatura era muy benigna, y el cielo estaba estrellado. Edmea miraba las estrellas con tristeza. Todo había cambiado en su existencia, pero nada en el cielo, y aquellos astros eran los mismos que durante sus amistosas y tranquilas conferencias con el Cura iluminaban su frente con dulces y suaves resplandores.

El Barón había encendido un cigarro, y se paseaba por la terraza. Regina daba vueltas por el salón, arreglando á su capricho los objetos que había en las rinconeras y los jarrones de flores que adornaban las consolas. Al cabo de un rato, llegó á una de las puertas y llamó á su marido. Éste vino despacio, oyó lo que le decía, no poniendo muy buena cara; acabó por hacer un gesto de asentimiento, y arrojó el cigarro. La Baronesa pasó á la habitación inmediata, donde continuó su revista y su arreglo de los mil objetos que había sobre las mesas. El hermoso Fernando fué á sentarse cerca de una mesa, cogió un album, y empezó á hojearlo distraído. Edmea trabajaba en una labor de crochet, con los ojos bajos, pero espiando perfectamente al Barón, gracias á la preciosa facultad que tienen las mujeres de ver mejor que nunca cuando parece que no miran.

El Barón, de lejos, miraba curiosamente á la joven, como un capitán que reconoce el terreno antes de atacar la posición. Le pareció que en aquellos meses había cambiado mucho, y por cierto muy ventajosamente. Su talle se había perfeccionado, sus hombros eran esculturales, y su cuello encantador, con cabeza noble y altiva, y sus ojos negros como el terciopelo. Bajo sus cabellos negros se dibujaban dos

orejas pequeñas, rosadas, sin que las profanara ningún pendiente. Sus manos, un poco morenas por el sol, eran delicadas y finas. Con un poco de coquetería, hubiera sido una joven de belleza arrebatadora; en su sencillez, era adorable.

Sin embargo, el Barón notó que la hija de su mujer conservaba el mismo aire resuelto y un poco amenazador que había observado en ella en ocasión de su matrimonio. Veía en Edmea una hostilidad sorda, pero decidida, que sería muy difícil de vencer. No se achicó por tan poco; no era él hombre que se intimidaba fácilmente.

Se levantó resuelto, y se dirigió á la joven. Ella le vió atravesar el salón y llegar, y sintió viva emoción. El Barón la miraba con los ojos fijos, y sonreía. Ella hizo un súbito movimiento para levantarse y huir; pero él estaba ya muy cerca, y se inclinaba ante ella con exquisita cortesía. Continuó sentada, muy pálida, y con la respiración fatigosa.

—¿Quiere Ud.—le preguntó— concederme algunos momentos, y hablar conmigo con la más completa confianza?

Se sentó muy cerca de ella, y continuó:

—Ya estamos de regreso su madre de Ud. y yo, cerca de Ud. y en esta casa, cuyo nombre

lleva Ud.... Sería completa mi felicidad si usted quisiera tratarme como amigo. Tengo mucho que hacerme perdonar. Ya sé que en un corazón tan tierno y amante como el de Ud. he introducido la más dolorosa perturbación, aunque involuntariamente. Sería yo dichoso si pudiera reparar mi falta, y hacer olvidar á usted con mi afecto sincero, que mi ingreso en la familia de Ud. le causó un profundo pesar.

Hablaba con los ojos bajos, como si temiera asustar á Edmea hablándola cara á cara. Ella fué la que le miró intensamente, y le preguntó con la mayor sencillez:

—¿Es mi madre quien ha rogado á Ud. que venga á hablarme de esta manera?

Sorprendió al Barón esta pregunta, pero no se turbó.

—Efectivamente: su señora madre, que desea, como yo, que reine la mayor armonía entre nosotros.

—Á mí me ha recomendado lo mismo —repuso Edmea— y yo le he prometido hacer todo lo posible por complacerla. ¿No se lo ha dicho á Ud.?

—Me ha dicho que se había Ud. mostrado buena, complaciente y sumisa con ella, y por eso he querido dar á Ud. las gracias.

—Está bien; pues estamos acordes.



Estas palabras las oyó tan secas y tan duras, que le contrariaron un poco.

—¿No quiere Ud., en prueba de conciliación, darme su mano?

Edmea vaciló un momento; sentía en su corazón toda la antipatía que le inspiraba Fernando. Estuvo á punto de lanzarle al rostro un "¡No!", tan insultante como una bofetada; pero vió que su madre la miraba, ansiosa y lívida. No quiso faltar á la promesa que había hecho de no causar un gran disgusto á la pobre mujer, y volviendo el rostro sombrío, se dejó tocar la punta de los dedos. Murmuró: — "¡gracias!" y sonrió de lejos á Regina, como para decirle: — "Ya ve Ud. cómo cumplo mi palabra."

El Barón encendió un nuevo cigarro, y se volvió á pasear por la terraza.

La Baronesa dió el brazo á su hija, la estrechó tiernamente sin atenuar con palabras la fuerza de esta expresión de gratitud, y apoyándose en ella, subió á su habitación.

Edmea se detuvo en la puerta.

—Puedes entrar—le dijo la Baronesa;—no me estorbas.... El Barón tiene su cuarto arriba, en el torreón.

Éste se hallaba en el otro extremo del castillo. Edmea no se había equivocado adivinan-

do la desunión de los esposos. Estaban separados. Esto fué un consuelo para ella. Se rebelaba ante la idea de tener que presenciar una ostensible comunidad de existencia entre ellos. Sintió que estaba más libre é independiente pero amar á su madre. Habló con ésta algunos momentos, le hizo algunas observaciones acerca del estado de las fincas, y luego, pretextando cansancio, se retiró, dejando sólo á la Baronesa.

Ya en su habitación, Edmea, en vez de acostarse, abrió la ventana, y se puso á contemplar el cielo y á pensar. El viento habíase levantado y soplaba con fuerza en las arboledas del parque. Debajo de su ventana, en la terraza, no oía ya los pasos acompasados de Fernando, que continuaba paseando, porque su naturaleza sanguínea necesitaba mucho ejercicio; pero distinguía la punta encendida del cigarro, como un puntito rojo en la obscuridad, y poco á poco, desprendiéndose completamente de todo lo que la rodeaba, su imaginación la llevó fuera del castillo, lejos de aquellos lugares.

En su alucinación, se vió en un barco, y el punto rojo le pareció un farol. Se preguntó con inquietud qué significaba aquel fuego. ¿Era una prevención contra el peligro de es-

collos ocultos sobre los que la barca podría perderse?... ¿Ó aquella luz movable estaba destinada, por el contrario, á hacerla equivocar el camino y atraerla hacia las amenazadoras rocas?... En el rechinamiento de las ramas arrancadas por el viento, le parecía oír el del aparejo del barco. La ilusión era completa, y en medio de la sombra nocturna, menos profunda que las tinieblas que invadían su espíritu, se sentía arrastrada, como si estuviera en medio del mar profundo y negro, sin timón y sin piloto. ¿Dónde estaba? ¿Adónde se dirigiría? ¿Quién la defendería? ¿Sería su madre, aquella mujer desdichada, tan debil, tan postrada, la que podría prestarle auxilio? Veía el semblante de Fernando, riéndose como un demonio, iluminado por su farol rojo, balanceándose de derecha á izquierda, como aquellas luces que los bandidos de las playas bretonas ponían en el testuz de los bueyes, paseándolos lentamente por la costa, para torcer el rumbo de las naves y atraerlas á las rompientes.

Adivinaba que aquel hombre ejercería influencia funesta sobre ella. Alarmada, se esforzaba en comprender y dar una forma precisa al peligro que la amenazaba. Tinieblas que no podía disipar envolvían su pensamiento. Todo era sombrío y vago. Y con los oídos aturdidos

por los zumbidos del viento, allí estaba la pobre, despierta, pero atormentada, sin embargo, por horrible sueño. Hizo un esfuerzo, pasó su mano por la frente, y puso empeño en fijar sus ojos en un punto determinado, para sustraerse á tan doloroso sueño. Y la balaustrada de piedra de la terraza apareció á su vista inmovil y blanca.

Murmuró:—“Soy una loca. Es la violencia del viento lo que me ha aturdido.” Cerró su ventana, entrose en su alcoba, y se acostó. Pero no le dejó dormir la obsesión de ideas penosísimas. Siempre veía delante á Fernando, con su fisonomía hipócritamente sonriente: la miraba de alto á bajo como cuando se acercó á ella. Y aquella mirada la irritaba; le parecía significar una admiración que le era odiosa. Parecía que le quería decir:—“Yo soy ya libre: no existe ningún lazo entre tu madre y yo...” Y Edmea se preguntaba, cómo habían podido separarse tan pronto. ¿Qué había pasado entre aquellos dos seres durante su ausencia? Su madre llevaba en su rostro y en todo su cuerpo la huella de crueles enojos, de profundos pesares. Y él estaba bueno, alegre, animado, flamante, siempre joven. ¿Era él el culpable y no sentía el remordimiento?

Edmea, abrasada por una fiebre que hasta

entonces no había conocido, dió vueltas y más vueltas en su lecho hasta la mañana, y sólo cuando ya el resplandor de la aurora iluminaba su aposento, pudo conciliar el sueño y descansar.

## IX

Lo que había pasado entre Regina y su marido lo habría comprendido fácilmente una persona menos cándida que Edmea. Sin alardear de adivino, cualquiera hubiera podido, al celebrarse el matrimonio, decir su horóscopo á los dos esposos.

Regina, al partir para París, iba derecha al encuentro de su desventura. Ella misma colocaba á Fernando en medio de las tentaciones peligrosas; le volvía á poner en la corriente de la mala vida. ¿Cómo no había de dejarse llevar otra vez por la corriente? En Croix-Mort, en la soledad inactiva de la vida de los campos, amar á Regina hubiérale parecido acaso una ocupación deliciosa. En París, donde las comparaciones entre las mujeres jóvenes y distinguidas y la provinciana de treinta y ocho años eran terribles, ni un instante pensó que debía ser fiel á su mujer.